

La narrativa colombiana de la segunda mitad del siglo XX con el tema de la violencia política

Marta Cecilia Lora-Garcés

Resumen

La narrativa con el tema de la violencia política de la segunda mitad del siglo XX ha sido una constante en el mundo de las letras colombianas, en contraposición con la aseveración de algunos analistas de las ciencias sociales que consideran que ha habido un déficit de “capacidad expresiva” para representar simbólicamente el conflicto interno armado que vive el país.

Palabras clave

Narrativa literaria
Narrativa testimonial
Teoría narrativa de la acción
Violencia política
Conflicto interno armado

Abstract

The narrative that uses as the main subject the political violence of the second half of the XX century it has been a constant feature of the Colombian literature, in comparison to the statement of some social sciences analysts who consider that there has been in Colombia a short-

fall in the “expressive capacity” to represent symbolically the internal armed conflict that takes place in Colombia.

Key words

Literary narrative
Testimonial narrative
Narrative theory of action
Political violence
Internal armed conflict

Resumo

A narrativa com a questão da violência política da segunda metade do século XX é uma constante no mundo das letras colombiano ao contrário de alguns analistas de Ciências Sociais afirmam que é uma falta de “poder expressivo” para simbolizar o conflito que tem prevalecido no país.

Palavras-chave:

Narrativa literária
Narrativa testemunhal
Teoria da narrativa de ação
Violência Política
Conflito armado interno

El tema de la violencia política colombiana de la segunda mitad del siglo XX, ha sido una constante en la narrativa literaria y testimonial, ya que ha corrido paralelo con la conciencia política del país, al menos en su representación simbólica, y no ha estado separado de ella, como algunos analistas de las ciencias sociales lo han sugerido. Lo que me lleva a controvertir los argumentos de Gonzalo Sánchez en *Guerras, memoria e historia*, cuando asevera que el país ha vivido en un “déficit de narración” o en un “déficit de la capacidad expresiva”, “para dar cuenta de muchos aspectos asociados a estos temas de la memoria, la crueldad, el dolor, el miedo, el desarraigo y tantos otros que atraviesan nuestra cotidianidad” (2006: 131).

El concepto de violencia política es un término que comúnmente se ha utilizado en el ámbito académico colombiano para referirse a “aquella ejercida como medio de lucha político-social, con el fin de mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad”, según la definición del Centro de Investigaciones y Educación Popular, CINEP. En este sentido, en los últimos sesenta años, la violencia política ha irrumpido en el espacio público-político de los colombianos, convirtiéndose en la brutal realidad que domina la teoría política y que presume que lo político es la violencia, sin llegar a entender que el ser político es la más elevada posibilidad de la existencia humana, que nada tiene que ver con la violencia, siguiendo el pensamiento de Hannah Arendt (1997: 151).

Un brevísimo recorrido historiográfico

Al hacer un somero bosquejo de la violencia política colombiana de la segunda mitad del siglo XX,¹ podemos señalar que las décadas de los cincuenta e inicios de los sesenta, se caracterizan por una serie de experiencias dolorosas que irrumpen con la consolidación de diferentes actores armados que conforman

¹ Consultar de Fernán E. González, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vásquez el estudio *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado* (2003), en el cual los investigadores del CINEP analizan la evolución del conflicto interno colombiano y el comportamiento de los diferentes actores armados, en las últimas décadas del siglo XX, de una manera que van articulando las poblaciones y los territorios nacionales en una compleja trama de interrelaciones que desembocan en la construcción del Estado.

las redes de poderes locales y regionales, denominados como los jefes políticos, o los bandoleros, o los gamonales, según el bando desde el cual se narren.² En los inicios de la década de los sesenta se da el nacimiento de los movimientos guerrilleros,³ y a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa surgen y se consolidan las autodefensas y los grupos paramilitares.⁴ Además, el fenómeno del narcotráfico, a partir de la década de los ochenta, entra como una nueva modalidad para financiar los grupos por fuera de la ley, con los recursos provenientes de los cultivos de drogas ilícitas. A esta nueva modalidad de financiación de los grupos armados ilegales se agrega la infiltración alcanzada por las organizaciones de las autodefensas y de los paramilitares en el Estado y en la sociedad, a finales del siglo XX e inicios del XXI.⁵

En las experiencias recientes de violencia del conflicto interno colombianos, todos los actores armados son portadores de referentes culturales que crean identidades y pertenencias dentro del proceso de configuración de la política del país, y cuyas representaciones simbólicas se ven reflejadas insistentemente en las temáti-

² El artículo de Ingrid Johanna Bolívar, “La violencia de los cincuenta y las modalidades de integración territorial y social”, (*Controversia* 179, (2001): 77-121), ofrece un recorrido historiográfico y crítico acerca de la violencia política de los años cincuenta. Otro estudio histórico que podemos mencionar es de Gonzalo Sánchez Gómez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos* (1983, 2006), que enfatiza el entramado de relaciones políticas en el que se da el bandolerismo colombiano en la década de los cincuenta.

³ Con el tema de los movimientos guerrilleros consultar los estudios de Camilo Echandía Castilla, “Evolución reciente del conflicto armado en Colombia: la guerrilla”, en: Arocha, Jaime, Fernando Cubides y Myriam Jimeno, comp. *Las violencias: inclusión creciente* (1998), y el trabajo de Eduardo Pizarro Leongómez, *Una democracia asediada: balance y perspectiva del conflicto armado en Colombia* (2004). Ambos estudios ofrecen una visión general de las guerrillas colombianas desde su fundación.

⁴ Algunos estudios que podemos citar acerca de las autodefensas y los grupos paramilitares son: de Fernando Cubides, “De lo privado y de lo público en la violencia colombiana: los paramilitares”, en: Arocha, Jaime, Fernando Cubides y Myriam Jimeno, comp. *Las violencias: inclusión creciente* (1998); de Mauricio Romero, *Paramilitares y autodefensas: 1982-2003* (2003), y editado por Alfredo Rangel, *El poder paramilitar* (2005).

⁵ Un estudio polémico acerca de las conexiones entre los narcotraficantes y los paramilitares que llegan a infiltrarse en las élites políticas del Estado colombiano a finales del siglo XX e inicios del XXI es: *Parapolítica: la ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos* (2007), realizado por la Corporación Nuevo Arco Iris, bajo la dirección de Mauricio Romero y León Valencia. Los investigadores concluyen que esta conexión consolida su predominio dentro y fuera del Estado, con grandes repercusiones que alteran la competencia política del país.

cas utilizadas por la narrativa literaria y testimonial que se producen en esas décadas. En este sentido, los narradores colombianos tratan el tema de la violencia política en forma recurrente, y cada autor trabaja el tiempo histórico en su propia actividad narrativa: en primer lugar narran la luchas bipartidistas, luego las acciones guerrilleras y posteriormente la llamada guerra del narcotráfico, colocando a la literatura como el signo de su tiempo, como lo anota Alonso Aristizábal (1999: 185-194).

Las décadas de los cincuenta y sesenta

La simbolización de la violencia política partidista entre las décadas de los cincuenta y sesenta recorre el pasado y el presente de los colombianos, permaneciendo en el fondo de sus vidas y marcando la cultura nacional. En estos años aparecen gran cantidad de ensayos, novelas, representaciones teatrales y producciones tanto cinematográficas como de las artes plásticas, caracterizadas todas por el crudo realismo, por el testimonio y por la crónica de los hechos ocurridos. Pero ante todo, la tradición oral cuenta con una colección de testimonios, más o menos verídicos, transformados en leyendas fragmentarias por la incontable sucesión de narradores. En la lucha bipartidista de esos años, ambos bandos, el liberal y el conservador, difunden historias negras con el propósito de desprestigiar al contendor. De este modo, el imaginario colectivo y la mentalidad política de la época están acompañados por la elaboración de imágenes simbólicas, insignias, emblemas, consignas, apodos, canciones, coplas, creencias, leyendas, mitos y ritos. Todo ello con el objeto de nutrir el conflicto y realizar una lectura del momento histórico que sirva para elaborar una versión legítima y justificadora de sus conductas, como lo sugiere Darío Acevedo (1995: 194). Pero, en últimas, el tema de la violencia política, en estos años, es una constante que acecha la literatura colombiana dando énfasis al malestar, a la desesperación y a la muerte (Palacios, 1998: 191). Carlos Lleras de la Fuente enfatiza el hecho de que muchos de los autores de las obras que componen la denominada “literatura de la violencia”.⁶

⁶ Para Marino Troncoso, el término “novela de la violencia” fue acuñado, en primer lugar,

fueron víctimas directas de ella y es por eso que saben expresar, con ese vigor y esa sinceridad que apasionan, los sentimientos del pueblo martirizado, de las mujeres vejadas, del campesino que vio sus siembras destruidas y su rancho en llamas (1961: 660).

Además, Lleras de la Fuente sugiere que esta “literatura de la violencia” no sólo es un género literario, sino también un fenómeno sociológico, que enseña al pueblo colombiano a través de lo que él denomina la “verdadera literatura” producida en los últimos años (p. 661).

Varios son los inventarios bibliográficos que dan cuenta de la profusa narrativa con el tema de la violencia política colombiana de las décadas de los cincuenta y sesenta. Entre ellos podemos mencionar: de Lucila Inés Mena, “Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana”, que registra 74 novelas publicadas entre 1951 y 1972 (1978). Mena también recoge en este mismo artículo 35 estudios críticos sobre la novelística de la violencia, escritos entre 1965 y 1976. Por su parte, Augusto Escobar Mesa, en su artículo “La Violencia: ¿generadora de una tradición literaria?”, enumera 70 novelas editadas entre 1949 y 1967 (1996).⁷ Posteriormente, Escobar Mesa realiza un cuidadoso estudio de 67 novelas⁸ publicadas entre 1946 y 1966, concluyendo que de este universo literario el setenta por ciento defiende el punto de vista político liberal, el diez por ciento el punto de vista de los conservadores, y un veinte por ciento realizan una reflexión crítica que supera el enfoque partidista (2000: 330). También anota Escobar que lo impactante de estos años cincuenta y sesenta es el hecho de que la literatura colombiana, que había estado ausente de los acontecimientos político-sociales en los años anteriores, como producto de una cultura dominante y dependiente, no puede marginarse del hecho

por el crítico Hernando Téllez, quien en sus comentarios literarios de las “Lecturas Dominicales” de *El Tiempo*, comienza a utilizarlo en los inicios de los años cincuenta (1989: 32).

⁷ Este artículo también es publicado con el título “Literatura y violencia en la línea de fuego”, en: *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura* (Santafé de Bogotá: Fundación Universidad Central, 1997, 97-153), y en: *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*, compilado por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, Vol. II: 321-338). En los tres textos reseñados, aparecen algunas variaciones pero sin cambiar la esencia del tema tratado.

⁸ No todas estas 67 obras pertenecen al género literario de la novela sino más bien a la narrativa testimonial, pero Escobar Mesa no hace esa distinción en su artículo.

histórico de la Violencia⁹ y decide involucrarse con su narrativa (2000: 323). Laura Restrepo también manifiesta que: “la <Violencia> ha sido el punto de referencia obligado de casi tres decenios de narrativa: no hay autor que no pase, directa o indirectamente, por el tema; éste está siempre presente, subyacente o explícito, en cada obra” (1976: 9-10).

Otro de los inventarios bibliográficos para mencionar es el de Carlos Lleras de la Fuente, “La literatura de la violencia (Bibliografía)”, en el que anota doce novelas y veintiséis cuentos, publicados entre 1950 y 1961, indicando que son en estos textos donde las generaciones del futuro deberán de aprender la verdadera historia patria (1961: 660).

Algunos ejemplos de las obras con el tema de la Violencia de los años cincuenta, escritas por personas que estuvieron muy cerca de los hechos, entre muchos otros, son: *Viento seco* (1953) del médico Daniel Caicedo, testigo presencial de los acontecimientos de la violencia política en el Valle del Cauca; *Balas de la ley* (1953) de Alfonso Hilarión, soldado de la Policía Nacional y alcalde militar de Muzo, departamento de Boyacá, quien actúa bajo la pasión política y la venganza en los inicios de los años cincuenta; *Lo que el cielo no perdona* (1954) de Ernesto León Herrera, seudónimo del sacerdote Fidel Blandón Berrío, en el que describen las masacres de la policía chulavita¹⁰ en el occidente antioqueño, durante los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) y Laureano Gómez (1950-1954); *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó: refutación a “Viento Seco” y “Lo que el cielo no perdona”* (1955) de Testis Fidelis, seudónimo de Germán Saldarriaga, quien demuestra con multitud de documentos y citas cómo la violencia liberal o la “guerra de los bandoleros”, entre 1948

⁹ La época denominada de la Violencia, con mayúscula, se refiere al fenómeno colombiano de agitación y disturbios civiles marcado por la violencia política entre 1945 y 1966, con un estimado de muertes que los académicos sitúan entre 200.000 y 400.000 personas, a través de todo el territorio nacional. Cf. Roldán, Mary. *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, 2003, 380.

¹⁰ El término “chulavita” se toma de la vereda Chulavo, municipio de Boavita, departamento de Boyacá, famosa por el fanatismo conservador y generalizado a la policía que ejerce la violencia sobre la población. Para los liberales referirse a “chulavitas” era considerado como sinónimo de muerte y terror. Cf. Reyes, Catalina. “El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950”. *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989, Vol. II: 9-32.

y 1953, deja marcado al país con una “monstruosa crueldad y ciego fanatismo”; y *Las guerrillas del Llano* (1959) de Eduardo Franco Isaza, en la que narra la génesis de las guerrillas liberales de los Llanos Orientales, realizando una minuciosa crónica de la rebelión de un pueblo contra la persecución oficial desencadenada entre 1948 y 1953.

Ya al final de la década de los años cincuenta la literatura colombiana inicia un proceso de cambio radical en su mirada e interiorización, que va paralela con la toma de conciencia política del país. Para explicar los cambios en esta toma de conciencia, Marino Troncoso resalta dos hechos de importancia nacional: por una parte, la creación de la comisión investigadora de las causas de la violencia por la Junta Militar de Gobierno en 1958. Y por otra, la propuesta investigativa para estudiar la Violencia en Colombia, a cargo de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, que dio como resultado el polémico libro de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia* (primer volumen publicado en 1962, segundo volumen publicado en 1964, y ambos textos reeditados en 2005 por la editorial Taurus), trabajo en el que se compila una multitud de voces y de imágenes de los actores, de las víctimas y de los testigos de las infamias cometidas durante la Violencia (Troncoso, 1989: 35-36). Con estos dos hechos de incidencia nacional, a partir de 1958, la narrativa colombiana con el tema de la violencia política asumen los escritores que van dejando atrás a los que sólo daban un testimonio de lo que habían presenciado.

Del total del extenso inventario bibliográfico de la literatura colombiana con el tema de la violencia política escrita entre 1949 y finales de los años sesenta¹¹ se pueden hacer excepciones de novelas con valiosas dimensiones literarias que narran el hecho histórico de manera poética, algunas de ellas son: de Eduardo Caballero Calderón, *El Cristo de espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954) y *Manuel Pacho* (1964); de Jorge Zalamea Borda, *El gran Burundún Burundá ha muerto* (1952), novela también considerada como un “poema satírico” por el mismo autor; de Gabriel García Márquez, *El coronel no*

¹¹ Es pertinente aclarar que la crítica literaria ha clasificado a la narrativa testimonial como parte del género novela, acrecentando, de esta manera, su número cuando se elaboran los inventarios bibliográficos.

tiene quien le escriba (1958) y *La mala hora* (1962), ambas obras con exquisita finura narrativa; de Tulio Bayer, *Carretera al mar* (1960); de Donato Cartagena, *Una semana de miedo* (1960); de Jaime Sanín Echeverri, *¿Quién dijo miedo?* (1960); de Fernando Soto Aparicio, *Solamente la vida* (1961) y *Espejo sombrío* (1967).

Un aspecto que hay que enfatizar, en esta narrativa testimonial de las décadas de los cincuenta y sesenta, es el hecho de que la llamada “literatura de la violencia” culpabilizó a los dirigentes políticos como responsables directos de las barbaries que estaban ocurriendo, como lo sugiere Óscar Osorio en su artículo “Anotaciones para un estudio de la novela de la violencia en Colombia”. Osorio también sugiere que dicha narrativa fue censurada y sancionada en su época, además de catalogada como “mentirosa y deleznable”, y en muchos casos destruida o, al menos, recogida de las bibliotecas públicas y universitarias, como le sucede a Arturo Echeverri Mejía con su novela *Marea de ratas* (1960), que aborda el tema de la violencia de manera directa, y cuyas reacciones oficiales no se dejan esperar con la desaparición casi total de la obra (2003: 132-139).

Cabe mencionar que, generalmente, la crítica literaria y los análisis políticos de la literatura colombiana con el tema de la violencia política de la segunda mitad del siglo XX parten de los acontecimientos previos al asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán (Troncoso, 1989: 33), ocurrido el 9 de abril de 1948, aunque lo más preciso sería partir de ese 9 de abril, con el homicidio de Gaitán y la revuelta de las masas populares y los hechos ocurridos durante el denominado “Bogotazo”. Para el historiador Jorge Orlando Melo, ese hecho del “Bogotazo” genera una representación nacional de carácter mítico y se convierte inevitablemente en el factor de los acontecimientos históricos posteriores (1997: 9). Por ellos, la vida y la muerte del caudillo han generado una literatura de gran amplitud: libros, memorias, comentarios y discursos se han sumado para evocar e interpretar el sentido de su acción, y la narrativa literaria con el tema del Bogotazo no se ha quedado atrás. Podemos citar las siguientes novelas con esta temática: de Pedro Gómez Corena, *El 9 de abril* (1951), cuenta desde la versión diplomática los acontecimientos del “Bogotazo”, en los

momentos que se celebra la IX Conferencia Panamericana; para el narrador, la revuelta de ese 9 de abril fue orquestada para sabotear dicha conferencia. De José Antonio Osorio Lizarazo, *El día del odio* (1952), narra, desde el punto de vista de los más desfavorecidos, lo que ocurre en la capital bogotana con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán; hechos que el narrador atribuye a todas las insatisfacciones e injusticias que sienten las masas populares en esos momentos. De Ignacio Gómez Dávila, *Viernes 9* (1953), centra su atención en las grandes contradicciones que vive la sociedad bogotana en los momentos de la revuelta, que el narrador considera fracasada por no encontrarse los responsables de los hechos. De Carlos H. Pareja, *El monstruo* (1955), narra desde la ideología de los seguidores de Gaitán y su consigna de “restauración moral” los hechos del 9 de abril, explicando el espíritu en que se inspiró el pueblo para lanzarse a la rebelión. Y de Manuel Zapata Olivella, *La calle 10* (1960), también narrada desde el punto de vista de cómo viven las personas más olvidadas de la sociedad bogotana y cómo la furia del pueblo puede desencadenarse con el asesinato de su líder. Cuatro de estas novelas forman parte del material de investigación que María Mercedes Andrade utiliza para el M. A. en Literatura Hispánica del State University of New York, *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo* (2001). Andrade sostiene que Gaitán se apoya en la lengua y la raza como elementos aglutinadores y subversivos del discurso sobre lo popular (2002: 49). También podemos agregar al inventario anterior de obras publicadas con el tema del “Bogotazo”, la novela de Miguel Torres, *El crimen del siglo* (2006), que se ocupa del relato literario acerca de la vida y de la muerte del supuesto asesino de Gaitán, Juan Roa Sierra. Esta obra está construida y documentada en base a una exhaustiva investigación de la época y de sus personajes.

El tema de la violencia política en los géneros literarios del cuento y de la poesía

Al finalizar la década del cincuenta, en lo referente al género literario del cuento, el 1 de febrero de 1959, el periódico *El Tiempo* convoca a un *Concurso de Cuento*, y escoge como tema central la violencia

política que vive el país. De los 515 participantes, las tres primeras obras ganadoras recaen en los poemas: de Jorge Gaitán Durán, *La duda*; de Manuel Mejía Vallejo, *Aquí yace alguien*, y de Gonzalo Arango, *Batallón antitanque*. En todos los trabajos que se presentan al concurso, lo que se muestra como más representativo son los cambios que se están dando en la forma de narrar los cuentos, como lo sugiere Jairo Mercado Romero (1999: 214-215); se escribe desde el interior de una conciencia, superando el maniqueísmo de buenos y malos, propio de las obras anteriores (Troncoso, 1989: 37). Los veintiséis cuentos finalistas son publicados por *El Tiempo* ese mismo año, con el título *26 cuentos colombianos*, y sus autores son reconocidos literatos como: Jorge Gaitán Durán, Manuel Mejía Vallejo, Gonzalo Arango, Alfonso Bonilla-Naar y Carlos Castro Saavedra, y otros nuevos escritores que están entrando al mundo de las letras con grandes valores narrativos, como: Yamily Humar, Jaime Arismendi, Alberto Dow y Sonia Chica Alba. Diez años después del *Concurso de Cuento* de *El Tiempo*, Luis Iván Bedoya M. y Augusto Escobar Mesa publican *El cuento de la violencia en Colombia* (1979), con la transcripción y comentarios de cinco obras: de Hernando Téllez, *Sangre en los Jazmines*; de Darío Ruiz Gómez, *Pero Margarita Restrepo ¿dónde estás?*; de Manuel Zapata Olivella, *Un acordeón tras las rejas*; de Policarpo Varón, *Rosas para toda una vida*; y de Arturo Alape, *Yo te llamo valor*. Todos estos cuentos son seleccionados por mostrar eficazmente una construcción literaria en la que superan el carácter testimonial. Al final de la edición, los editores de la publicación anexan dos inventarios bibliográficos con el tema de la violencia política colombiana. Uno de los inventarios con 88 títulos de cuentos escritos por 35 autores entre 1950 y 1977, y el otro inventario con 65 títulos de novelas escritas por 54 autores entre 1951 y 1975.

No podemos dejar de mencionar que el género literario de la poesía tampoco estuvo ajeno a la temática de la violencia política en la segunda mitad del siglo XX. Juan Manuel Roca en su fino artículo: “La poesía colombiana frente al letargo”, afirma que, “el creador de poesía tendría que ser ciego para que todo ese entorno no se filtrara en su obra”, y cuestiona el hecho de que la creación poética no debe caer en

el sociologismo de señalar las diversas formas de violencia, como si estas fueran un prurito de la época para poder escribir. Para él, “la poética piensa que una verdad mal dicha puede volverse mentira”, y que la realidad del hombre, también está conformada por lo inexpresable (1999: 227-235). Un breve recorrido por esta poesía con el tema de la violencia política nos hace mencionar los siguientes poemas: de Jorge Artel, “El 9 de abril en Colombia”; de Eduardo Cote Lamus, “A un campesino muerto en la violencia”; de Fernando Charry Lara, Llanura de Tuluá y Testimonio; de Emilia Ayarza, “A Cali ha llegado la muerte”; de Samuel Jaramillo, “Muerte dos veces”; y de María Mercedes Carranza, “El canto de las moscas”, entre muchos otros que podríamos citar. Igualmente, en el género poético, hay que reseñar la antología compilada por Inocencio Infante Díaz, *Sangre rebelde: poemas de guerrillas y libertad* (1959), con 112 poemas escritos por “rebeldes de la palabra”, que se adhieren al rechazo de diez años de zozobra, en la década de los cincuenta, y que deciden elogiar las hazañas de los igualmente “rebeldes”, que para Infante son los primeros guerrilleros investidos con la mística que los acompaña en sus gestas revolucionarias. Entre los poemas que componen dicha antología podemos citar: de Carlos Castro Saavedra, Jorge Eliécer Gaitán y Exiliados; de Darío Samper, “Gesta y muerte de Guadalupe Salcedo” y “Los héroes”; de Matilde Espinosa de Pérez, “Rosa María la guerrillera”; de Néstor Botero López, Barricada; de Baltasar Uribe Isaza, “La muerte del guerrillero”; y de Jorge Gaitán Durán, “Desde el más vasto verano”.

La década de los setenta

En los años posteriores a la década de los cincuenta se supera ese fenómeno de la violencia política como un deseo persistente y excesivo de presentar algo de la mejor manera en el orden ético-narrativo, buscando una interiorización del fenómeno y expresando más bien sus secuelas en el acervo imaginario, como lo sugiere César Valencia Solanilla (1988: 465). La narrativa colombiana en la década de los sesenta se toma la tarea de profundizar el fenómeno de la violencia política y los creadores de ficción se ocupan de recrear sus producciones con una perspectiva más crítica que la de las dos décadas anteriores,

presentando propuestas narrativas con formas de expresión más consolidadas que trasciendan lo anecdótico y moralista, sin preocuparse por identificar o juzgar quiénes son los buenos o quiénes son los malos del conflicto. Alonso Aristizábal sugiere que los escritores de los años sesenta piensan primero en la lucha “político-literaria”, dentro de la preocupación por el tema en el contexto latinoamericano, y se plantean preguntas como ¿cuál es la verdadera forma de narrar la violencia? (1999: 202), dándole una gran importancia al lenguaje. Podemos citar algunas de esas obras que presentan propuestas narrativas más consolidadas, como: de Jorge Gaitán Durán, *Carretera al mar* (1960); de Donato Cartagena, *Una semana de miedo* (1960); de Jaime Sanín Echeverri, *¿Quién dijo miedo?* (1960); de Fernando Soto Aparicio, *Solamente la vida* (1961) y *Espejo sombrío* (1967); de Eduardo Caballero Calderón, *Manuel Pacho* (1964); de Flor Romero de Nohra, *Mi capitán Fabián Sicachá* (1968); y de Soraya Juncal, *Jacinta y la violencia* (1967). Además, con otras dimensiones mucho más poéticas en su manera de narrar, podemos mencionar las siguientes novelas publicadas en la década del sesenta: de Manuel Zapata Olivella, *La calle 10* (1960); de Arturo Echeverri Mejía, *Mareas de ratas* (1960); de Gabriel García Márquez, *La mala hora* (1962); y de Manuel Mejía Vallejo, *El día señalado* (1964).

A partir de la década de los setenta la narrativa literaria se caracteriza por tener un compromiso con el hecho estético y poner su énfasis en el lenguaje que utiliza cuando se trata de temas sobre la violencia política; proceso que ya se había iniciado en los años sesenta, pero que se acentúa mucho más en los setenta. Dos ejemplos significativos de esa literatura comprometida con el hecho estético son las novelas: *Cóndores no entierran todos los días* (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal, en la que “el autor transcribe al lector los cuentos recogidos en la tradición oral de un pueblo que susurra y murmura su propia historia y la de cada uno de sus habitantes”, como lo sugiere Laura Restrepo (1976: 25). Además de girar esta novela sobre un eje central narrativo de gran significación política, como es el personaje León María Lozano, apodado “El Cóndor”, jefe de los “pájaros”, que dirige las masacres en el Valle del Cauca, teniendo a Tuluá como sede de las

operaciones de su organización entre 1949 y 1955. La otra novela a que nos referimos es de Albalucía Ángel, *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975), en la que se resalta una compleja construcción que utiliza estrategias narrativas como: los recuerdos de los personajes, los retrocesos en los tiempos históricos, tanto de la protagonista como del país, y los monólogos. Esta novela se presenta como una obra abierta que no culmina, empezando por el final, además de que ese final se repite al terminar la novela, de una manera circular, según lo anota Martha Luz Gómez en la edición crítica que hace a la obra de Ángel (2003: 21).

Como hemos venido discutiendo, la violencia política colombiana en la segunda mitad del siglo XX acompaña la historia narrativa del país y Albalucía Ángel lo confirma en *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Óscar Osorio señala muy bien este recorrido histórico de la narración en el estudio crítico que también hace a la obra de Ángel, identificando cuatro grandes momentos de la vida nacional en los cuales se recrea la obra: el Bogotazo; el período de 1948 a 1953 durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez; la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla; y el Frente Nacional (2003a: 51-85).

La década de los ochenta

Históricamente en la década de los ochenta, en Colombia se fueron agregando otras formas de violencia de diferentes procedencias y distintos actores armados. Las dimensiones políticas se empiezan a debilitar y, en cambio, comienzan a aparecer otro tipo de conexiones ligadas a la expansión de la economía de las drogas ilícitas y al sicariato, con una serie de acciones violentas que podemos enumerar como: los secuestros, los boleteos, los ajustes de cuentas, las operaciones de “limpieza social”, los asesinatos políticos, y el manejo del terror como estrategia para controlar las poblaciones, entre muchos otros hechos, que violan los Derechos Humanos, DD.HH., y el Derecho Internacional Humanitario, DIH. Los distintos observadores y analistas de las ciencias sociales coinciden en afirmar que sin el apoyo del narcotráfico no habría sido posible el espectacular incremento de la guerrilla, de

las autodefensas y del paramilitarismo, sobre todo a finales del siglo XX, lo cual nos lleva a centrar gran parte de la temática literaria y testimonial de esos momentos en el fenómeno relacionado con las actividades de las mafias del narcotráfico.

La narrativa testimonial producida en los inicios de los años ochenta, con la serie de crónicas de la violencia política realizadas por el sociólogo Alfredo Molano, es el hecho literario que más responde a ese compromiso social de los escritores con su tiempo. En este sentido, el trabajo de Molano consiste en dar voz a los protagonistas y a las víctimas del conflicto interno armado colombiano de la segunda mitad del siglo XX y de los inicios del siglo XXI, dando una nueva mira a los hechos de violencia. Las entrevistas recogidas por Molano a través de todo el país, entre 1985 y 2009, con las protestas y las denuncias de los afectados por la violencia desencadenada por los actores del conflicto interno armado, las convierte en un grupo de libros que despliegan una nueva perspectiva para poder reconstruir una histórica más verídica de los hechos. Molano comienza con la publicación de *Los años del trolpel* (1985), en el cual narra los hechos históricos de la época de la Violencia, con las vivencias y memorias de siete personajes que participan en el conflicto armado, entre los años 1946 y 1966. Continúa con *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare* (1987), que recoge la situación de la región del Guaviare, una zona fronteriza en la que se conectan varios problemas nacionales relacionados con la guerrilla y el narcotráfico y que amenazan a los colonos desde los años veinte. Posteriormente, Molano escribe: *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989), que consta de seis narraciones en las cuales se rescata la historia rebelde de los primeros jefes que toman las armas en los Llanos Orientales a mediados del siglo XX. *Trochas y fusiles: historias de combatientes* (1994), cuenta algunas historias íntimas de militantes del grupo guerrillero de las Farc, y las motivaciones que tuvieron para unirse a dicho movimiento. *Del Llano llano: relatos y testimonios* (1995), es el producto colectivo de los participantes a un concurso de historia oral convocado por la Asociación Santiago de Las Atalayas, que reúne numerosos testimonios sobre la vida de la gente azotada por la violencia política en

los Llanos del Casanare. *Rebusque mayor: relatos de mulas, traquetos y embarques* (1997), se trata de siete personajes que entran en contacto con el narcotráfico y transforman sus vidas en una dramática experiencia con hondas implicaciones en el orden económico, social, cultural y político. *Desterrados: crónicas del desarraigo* (2001), compila ocho narraciones con el tema del conflicto interno armado colombiano y el impacto de las víctimas que siempre terminan en un fuego de odios del que no hacen parte. *Aguas arriba: entre la coca y el oro* (2001), son las crónicas escritas a partir del testimonio de los propios protagonistas y de sus experiencias, en tierras fronterizas de colonos donde la guerrilla es guardiana del orden y donde el sueño obsesivo de los habitantes de la zona es el afán de un enriquecimiento rápido. *Ahí les dejo esos fierros* (2009), narra seis historias de vida de personas desmovilizadas y reincorporadas a la sociedad civil, en medio de los desgarradores procesos de la reinserción. En esta serie de crónicas y trabajos testimoniales, Molano no realiza ninguna tarea explicativa, sino que deja al lector la posibilidad de hacer sus propios juicios. Para Orlando Fals Borda, prologuista de *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*, Molano se anticipa a la formación oral del mito en las regiones que recorre, compilando las voces de su gente.

En el género de la novela, en la década de los ochenta, podemos dar algunos ejemplos de una narrativa con gran valor estético, sin perder el compromiso social con el momento histórico que narran: de Arturo Alape, *Noches de pájaros* (1984), es un poema acerca del miedo y del terror que viven los personajes anónimos del relato durante las noches transcurridas en la ciudad de Cali, en las décadas de los sesenta y de los ochenta. De Alonso Arstizábal, *Una y muchas guerras* (1985), narra la violencia en la región de Caldas, antes del 9 de abril de 1948 y los años posteriores, involucrando a los personajes en una larga trayectoria de dolor y de crueldad, utilizando un estilo vigoroso y revelador para la época. De Gustavo Álvarez Gardeazábal, *El último gamonal* (1987), centra la narración en el mito inmortal del personaje Leonardo Espinosa, que con su sola mira o con sus pocos monosílabos, impone el terror en Trujillo, Valle del Cauca, en los años veinte.

La década de los noventa e inicios del siglo XXI

La mayor novedad en la literatura colombiana a finales de la década de los noventa e inicios de 2000 surge del debate sobre la postmodernidad y el rechazo de los cánones con pretensiones de validez universal, que va desmoronando mitos y jerarquías, y da una primacía a la libertad de elección y al goce estético del lector, como lo anota Álvaro Pineda Botero (2001: 16). Por otra parte, esta narrativa literaria se ajusta temáticamente a los conflictos políticos que vive el país, y su construcción obedece a cambios que permiten a los lectores recrearse por las múltiples opciones de interpretación que ofrecen los autores en sus obras.

Algunos ejemplos de novelas producidas a finales del siglo XX e inicios del XXI, que exigen una lectura mucho más cuidadosa, porque en sus planos argumentativos se entrecruzan diferentes tiempos narrativos y se dan multiplicidad de perspectivas, son: de Laura Restrepo, *El leopardo al sol* (1993), cuyo tema es la violencia “marimbera”,¹² producto del contrabando y el narcotráfico en el departamento de la Guajira. De Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios* (1994), novela narrada en Medellín, una ciudad inundada por los desplazados de la violencia, donde el oficio de matar se convierte en algo común y corriente para todos los sicarios que se encuentran al servicio del narcotráfico. De Consuelo Triviño, *Prohibido salir a la calle* (1998), cuenta a través de su pequeña protagonista cómo el país se ha transformado con la migración del campo a la ciudad, llegando a una descomposición que no es ajena para ella, una de las recién llegadas a la urbe, junto con su familia. De Jorge Franco, *Rosario Tijeras* (1999), narra el mundo del sicariato en Medellín, en medio de una historia de amor entre Emilio, Rosario y Antonio, personajes finamente entretejidos en pleno auge de los carteles de la droga. De Laura Restrepo, *La multitud errante* (2001), construye poéticamente el tema de los refugiados o desplazados por la violencia política colombiana en la últimas décadas del siglo XX. De Umberto Valverde, *Quítate de la vía Perico* (2001), relata el mundo sórdido de los narcotraficantes en una ciudad como

¹² Se le llama “marimberas” a las personas encargadas de transportar, vender y entregar la marihuana a otro país.

Cali, a fines de los años noventa. De Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Comandante paraíso* (2002), resalta la figura de la muerte como una compañera más en la historia del país, señalando el narrador que no se trata de la muerte como un hecho natural, sino como una situación trágica y violenta que ocurre metafóricamente en “la muerte del otro”, en las víctimas del conflicto armado colombiano, generalizado desde hace mucho tiempo. De Fabio Martínez, *Pablo Baal y los hombres invisibles* (2003), se ocupa de una narración fantástica de la sociedad caleña de los últimos cuarenta años, identificando cuáles son los asesinos en cada una de esas décadas. De Patricia Lara, *Amor enemigo* (2005), consiste en la reconstrucción de una historia pasional sin esperanza, en base a testimonios de adolescentes paramilitares. De Óscar Osorio, *El cronista y el espejo* (2007), es una historia acerca del mundo del narcotráfico, en la que se ahonda la dimensión psicológica de los personajes. De Evelio Rosero, *Los ejércitos* (2007), novela que combina los diferentes actores armados del conflicto interno colombiano de las últimas décadas, narrada desde el punto de vista de las víctimas, de los que sufren a diario en cualquier región fronteriza del territorio nacional, y en un ambiente de globalización de la guerra.

Siguiendo este orden de ideas, en el compromiso de los escritores con la realidad política del país, en lo que se refiere a la más reciente narrativa testimonial femenina,¹³ podemos citar algunas obras escritas en los inicios de 2000: de Patricia Lara Salive, *Las mujeres en la guerra* (2000), reúne a diez protagonistas, también víctimas de la violencia, para que narren cómo se ven envueltas en el conflicto interno armado colombiano, y cómo les afecta en sus vidas. De Vera Grave, *Razones de vida* (2000), es una reflexión profunda de una ex guerrillera que desea explicarle a su hija las razones que tuvo para pertenecer al Movimiento 19 de abril, M-19, y su necesidad de cambiar de estrategia para encaminarse a la construcción del país que desea, por fuera

¹³ En lo referente a las narraciones testimoniales realizadas por mujeres, Carmiña Navia Velasco en la introducción a *Guerra y Paz: las mujeres escriben* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2005, 17-19), cuestiona si los términos “narrativa testimonial” o “literatura testimonial” pueden definir el tipo de obras escritas por mujeres que vivieron y viven el conflicto interno armado en Colombia. Para Navia, estos términos se quedan cortos para hablar de este tipo de narraciones, y propone ampliar las posibilidades para su recepción, con la sugerencia de no leerlas simplemente como testimonios o historias de vida.

Marta Cecilia Lora-Garcés

de dicha organización. De María Eugenia Vásquez Perdomo, *Escrito para no morir: bitácora de una militancia* (2000), también perteneciente al M-19, durante más de dieciocho años, relata la “memoria insurgente colombiana” de los años setenta y ochenta, y su decisión de retirarse del movimiento. En sus propias palabras:

Escribir fue como dibujarme en una sola hoja. Como hilvanar la vida, encontrar la manera de reconciliar pasado y presente, entenderme como proceso en mis continuidades y discontinuidades, en mis contradicciones, en mis cambios y permanencias. Fue también una manera de romper la clandestinidad en la cual mantenía la mitad de mi historia, revelar una memoria que estaba codificada en clave de silencios y asumirme como soy (2001: 21).

Otros dos trabajos testimoniales que podemos citar, en esta misma dirección de compromiso con el momento histórico que vive el país, e igualmente valiosos por atreverse a denunciar la vinculación de la niñez en las filas de los grupos armados por fuera de la ley, son: de Guillermo González Uribe, *Los niños de la guerra* (2002), narra una serie de once dramáticas historias de niños y adolescentes que han abandonado las filas de combate de los grupos guerrilleros y paramilitares y se han acogido al amparo de hogares que atienden a los chicos desmovilizados. La otra obra testimonial, relacionada con menores vinculados al conflicto y que terminan formando parte del grupo de los desplazados, es de Óscar Collazos, *Desplazados del futuro* (2003), una producción colectiva con las voces de algunos jóvenes desterrados por la violencia, que viven en un barrio marginal de la ciudad de Cartagena y que dan sus desgarradores testimonios al escritor, después de haber vivido los enfrentamientos por disputas territoriales al norte del país entre las guerrillas y los movimientos paramilitares. En Colombia es común la estrategia de vincular niños al conflicto armado en las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI. Según el Ministerio de Defensa de Colombia, en octubre de 2009 hay un verdadero ejército de menores reclutados a la fuerza, cerca de 8.000 niños en los grupos ilegales y 11.000 combatientes sin llegar a la mayoría de edad, en los diferentes grupos delincuenciales. La principal razón de

la utilización de estos niños por los delincuentes radica en el hecho de que estos menores no son sujetos punibles, quedando libres para cometer toda clase de delitos, además de que son fáciles de infiltrar entre la población civil. Inicialmente, ellos son involucrados en diferentes actividades como el transporte de víveres y alimentos, también para la fabricación de minas y explosivos, hasta que finalmente, en muchos casos, los convierten en sicarios a través de un entrenamiento especial. Muchos de estos menores son presionados a integrarse a las bandas delincuenciales o de lo contrario sus jefes atentan contra sus vidas y las de sus familias. Los temas de la vinculación de la niñez al conflicto interno armado colombiano quedan registrados y representados en las obras testimoniales antes mencionadas, de Guillermo González Uribe y Óscar Collazos.

Otra de las características de la narrativa literaria de la primera década de 2000 tiene que ver con el tema de los Derechos Humanos, DD.HH., y del Derecho Internacional Humanitario, DIH, que conduce a producir una serie de narraciones testimoniales acerca de las víctimas y, más concretamente, de los desplazados por la violencia política. Esta nueva narrativa de los hechos empieza a imponerse y a sentirse a nivel nacional como una necesidad para poder saber la verdad y precisar las implicaciones que dicha violencia tiene en las comunidades afectadas. En lo que se refiere al género del cuento, en los inicios del siglo XXI, podemos citar: *Lugares ajenos: relatos de desplazamiento* (2001), publicado por la Universidad EAFIT, bajo la convocatoria hecha a un grupo de escritores para que dejen un registro literario del fenómeno conocido como el “desplazamiento” en Colombia. Tarea que los narradores asumen como un compromiso por las “miles de personas que deambulan de un lugar a otro para escapar a la persecución de alguien” (2001: 12). Los cuentos que reúne dicha publicación son: de Andrés Burgos, *El metro más limpio y ordenado del mundo*; de Álvaro Pineda Botero, *Sandra Milena*; de Fernando Cruz Kronfly, *Uldarico Rueda de la Sierra*; de Jaime Alejandro Rodríguez, *Separado de mi razón de ser*; de Ignacio Piedrahíta, *Desquite*; de Mario Escobar Velásquez, *Con sabor a fierro*; de Juan Carlos Orrego, *A la ciudad en pullman*; de Esther Fleisacher, *La muñeca no sabía*

nadar; de Oscar Castro García, *¿Y usted quién es de dónde viene qué hace aquí?*; de Juan Manuel Silva, *Cuatro huecos*; de Marco Antonio Mejía, *El griego*; de Roberto Burgos Cantor, *Nadanostra*; de Arturo Alape, *Amor y muerte en las selvas de Galilea*; y de Rocío Vélez de Piedrahita, *Desde la torre los veo pasar*. Todos estos cuentos narran el tema del desplazamiento de una manera estética y desde el punto de vista de las víctimas. Según las cifras oficiales suministradas por el Alto Consejero Presidencial, para mediados de 2010, el número de desplazados en Colombia llega a 3'389.386, y en el contexto internacional, este país es considerado uno de los que más número de personas han tenido que abandonar sus lugares de origen para radicarse en poblaciones cercanas. A la difícil situación humanitaria que producen los desplazamientos internos en el país se le agrega otro componente mayor de desequilibrio social, y que consiste en la apropiación indebida de las tierras que han tenido que dejar los campesinos, los indígenas y los afro descendientes. Se calcula que entre cuatro y seis millones de hectáreas de tierras han sido robadas y están en manos de los grupos irregulares que forman parte del conflicto interno armado colombiano.

También podemos citar otro tipo de narraciones testimoniales producidas en los primeros años de 2000 que tienen que ver con la violación de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario. Me refiero a los testimonios de las personas secuestradas por los movimientos guerrilleros, durante varios años, y que pudieron obtener la libertad de diferentes maneras. Ejemplos de esas narraciones: el relato del policía John Pinchao, *Mi fuga hacia la libertad* (2008), que escapa de las alambradas y las cadenas con que las FARC-EP lo mantienen durante más de ocho años, en medio de la selva, entre los departamentos del Vaupés y el Gauviare. El testimonio del ex congresista Óscar Tulio Lizcano, *Años en silencio* (2009), que también escapa del cautiverio de las FARC-EP ayudado por uno de sus secuestradores. Y el relato del ex gobernador del Meta, Alan Jara, *El mundo al revés* (2010), en el cual encara la crítica situación que supone convivir en cautiverio. Todos estos testimonios, entre otros más, dan razón de cómo viven el flagelo del secuestro cientos de personas que han sido arrebatadas de la vida civil por los grupos irregulares, para ser condu-

cidas en condiciones inhumanas y en desgarradoras marchas a lugares alejados en la selva colombiana. Por las características específicas que el secuestro ha tenido en Colombia, en las dos últimas décadas del siglo XX, esta actividad delictiva se la considera como un crimen de lesa humanidad que debe ser examinado por la Corte Penal Internacional. En este sentido, la Fundación País Libre denuncia en 2004, ante esta Corte, 26.000 casos de secuestros ocurridos en un período de dieciseis años, entre 1988 y 2004, todos ellos imputables a los grupos irregulares de las FARC-EP, el ELN y las Autodefensas Unidad de Colombia, AUC.

Históricamente, en Colombia sólo se comienza a hablar de reconciliación y reparación de las víctimas después de los miles de homicidios cometidos en los últimos cincuenta años, producto del conflicto interno entre las guerrillas, los paramilitares e incluso la Fuerza Pública, y la violencia urbana. Según el historiador Jorge Orlando Melo, en el documento *Cincuenta años de homicidios: tendencias y perspectivas* (2008), la cifra de personas asesinadas entre 1958 y 2007 llega a 709.000,¹⁴ estadísticas que podrían ser superiores si se tienen en cuenta los serios problemas en la recolección de este tipo de datos y la disparidad de metodologías utilizadas por las instituciones encargadas de sistematizar esta información.

Jurídicamente, con la Ley 975 de 2005, Capítulo IX: *Derecho a la reparación de las víctimas*, y concretamente en el Artículo 50°, se crea la *Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación*, CNRR. Dicha Comisión, con vigencia por ocho años (2006-2014), tiene el enorme desafío de lograr la mayor dosis de reparación simbólica, judicial y material de las víctimas de la violencia. De esta manera, Colombia entra a formar parte de las experiencias internacionales que han creado comisiones de verdad y reparación en el mundo, como son: Guatemala, Perú, Argentina, Chile, El Salvador y Sudáfrica. En la misma Ley 975 de 2005, en su Artículo 56°, *Deber de memoria*, “El conocimiento de la historia de las causas, desarrollos y consecuencias de la acción de los grupos armados al margen de la ley deberá ser mantenido

¹⁴ Cf. http://www.razonpublica.com/index.php?option=com_content&task=view&id=212&Itemid=71

mediante procedimientos adecuados, en cumplimiento del deber a la preservación de la memoria histórica que corresponde al Estado”. Con este Artículo 56° se pone el énfasis en la preservación de la memoria histórica, y como las medidas de reparación simbólica forman parte de la reparación integral para cumplir una finalidad de reconciliación, la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, crea el Grupo de Memoria Histórica. En septiembre de 2008 este Grupo presenta el primero de una serie de casos de estudio titulado: *Trujillo: una tragedia que no cesa*, trabajo coordinado por Álvaro Camacho Guizado, bajo el supuesto de que “hacer memoria es recuperar sentido”. El informe reconstruye los hechos ocurridos entre 1988 y 1994 en los municipios de Trujillo, Bolívar y Riofrío (Valle del Cauca), en donde fueron asesinados y torturadas cientos de personas. Cuatro años antes del informe de *Trujillo*, el Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep, ya había elaborado otro documento encaminado a “recuperar sentido” a través de la memoria de las víctimas, *Deuda con la humanidad: paramilitarismo de Estado en Colombia 1988-2003*, en el cual se denuncian miles de crímenes perpetrados por los paramilitares en un período de quince años. También, en 2009, se edita el segundo gran informe del Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR, con el título: *La Masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*, en el que se hace una rigurosa reconstrucción de los hechos ocurridos entre el 16 y el 21 de febrero de 2000, en el corregimiento de El Salado, región de los Montes de María, entre los departamentos de Sucre y de Bolívar, donde mueren 60 personas en estado de total indefensión atrapados por 450 paramilitares que luchan por el control del territorio. El resultado de esta masacre produce el éxodo de toda su población convirtiendo a El Salado en un pueblo fantasma donde sólo el diez por ciento de sus habitantes retornan años después.

Podemos concluir que, una de las mayores tareas de la actividad narrativa es el hecho de ayudar a comprender el mundo. No obstante, hay que aceptar que relatar no es dominar las experiencias, sino sólo saber con precisión qué fue lo que ocurrió para poder comprender y soportar ese conocimiento, que luego va a orientar a las personas en

el mundo, por una parte, para darles sentido y “aceptar lo que irrevocablemente ha ocurrido”, y por otra, para permitirles reconciliarse “con lo que inevitablemente existe”, como lo sugiere Hannah Arendt (1995: 44). El deseo de comprender y de establecer la verdad del conflicto interno colombiano empieza cuando las víctimas logran elaborar simbólicamente lo sucedido, y el lector, como un cómplice más de los hechos narrados, se suma a ese trabajo de comprensión de la realidad. Con la narración de los hechos, de lo que se trata es de tomar conciencia que el relatar, el recordar y el simbolizar los eventos trágicos es necesario no sólo para las víctimas y las comunidades afectadas, sino para la sociedad colombiana en general, que debe comprender lo que pasó para poder lograr la reconciliación nacional. En este sentido, el hallazgo de la verdad es el primer paso hacia la reconciliación; al esclarecer los hechos, identificando culpables y reparando a las víctimas, se establece una relación entre comprensión y reconciliación durante la acción. Además, siguiendo la teoría narrativa de la acción de Hannah Arendt, la acción narrada tiene la habilidad de crear relatos y hacerse histórica, para convertirse en “la fuente de donde surge la plenitud de significado que ilumina a la existencia humana” (1993: 348). Con el ejercicio narrativo de recoger y preservar las voces de las víctimas del conflicto interno armado que vive Colombia desde hace sesenta años, lo que se pretende es una reconciliación durante la acción, ya que comprender es reconciliarse durante la acción.

Bibliografía

- Lugares ajenos: relatos del desplazamiento*. Medellín: Fondo Editorial EAFIT, 2001.
- Acevedo, Darío. *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, El Áncora Editores, 1995.
- Andrade, María Mercedes. *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo*. Cranston, Rhode Island: Ediciones INTI, 2002.
- Ángel, Albalucía. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Edición crítica de Martha Luz Gómez Cardona. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003.
- Arendt, Hannah. "Comprensión y política". *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós, 1995, 29-46.
- *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós, 1997.
- Aristizábal, Alonso. "La literatura colombiana ante el conjuro: poesía y novela de la violencia en Colombia". *Arte y violencia en Colombia desde 1948*. Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1999, 185-207.
- Escobar Mesa, Augusto. "La violencia: ¿generadora de una tradición literaria?". *Gaceta*. 37 (1996): 21-29.
- "Literatura y violencia en la línea de fuego". Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo, comp. *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000. Vol. II: 321-338.
- Gómez Cardona, Martha Luz, editora crítica. Ángel, Albalucía. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Edición crítica de Martha Luz Gómez Cardona. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003.
- Lleras de la Fuente, Carlos. "La literatura de la violencia. (Bibliografía)". *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*. 4,7 (1961): 659-662.
- Mena, Lucila Inés. "Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana". *Latin American Research Review*. 13,3 (1978): 95-107.
- Mercado Romero, Jairo. "El cuento de la violencia en Colombia". *Arte y Violencia en Colombia desde 1948*. Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1999, 209-225.
- Osorio, Óscar. "Anotaciones para un estudio de la novela de la Violencia en Colombia". *Poligramas*. 19 (2003): 127-142.

- *Historia de una pájara sin alas*. Cali: Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, 2003a.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1998.
- Pineda Botero, Álvaro. *Juicios de residencia: la novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001.
- Restrepo, Laura. “Niveles de realidad en la literatura de la violencia colombiana”. *Ideología y Sociedad*. 17-18 (1976): 7-35.
- Roca, Juan Manuel. “La poesía colombiana frente al letargo”. *Arte y Violencia en Colombia desde 1948*. Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1999, 227-235.
- Sánchez Gómez, Gonzalo. *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta Editores E.U., Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Troncoso, Marino. “De la novela en la violencia a la novela de la violencia: 1959- 1960 (hacia un proyecto de investigación)”. *Violencia y literatura en Colombia*. Johnathan Tittler, editor. Madrid: Editorial Orígenes, 1989, 31-40.
- Valencia Solanilla, César. “La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria”. *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Pro-cultura S. A., Planeta, 1988. Tomo III: 464-508.
- Vásquez Perdomo, María Eugenia. *Escrito para no morir: bitácora de una militancia*. 2 ed. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Alternativos, ILSA, Ediciones Antropos, 2001.

Marta Cecilia Lora-Garcés

Candidata a Doctora en Humanidades de la Universidad del Valle (2009), con el trabajo investigativo *Le representación de la violencia política en tres novelas colombianas de la segunda mitad del siglo XX*; Magister en Literatura Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle (2001); Magister en Administración de la Universidad EAFIT (1986); Especialista en Gerencia de Sistemas de Información de la Universidad ICESI (1986); Bibliotecóloga de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia (1976).

Recibido: julio 23 de 2010

Aprobado: agosto 20 de 2010

